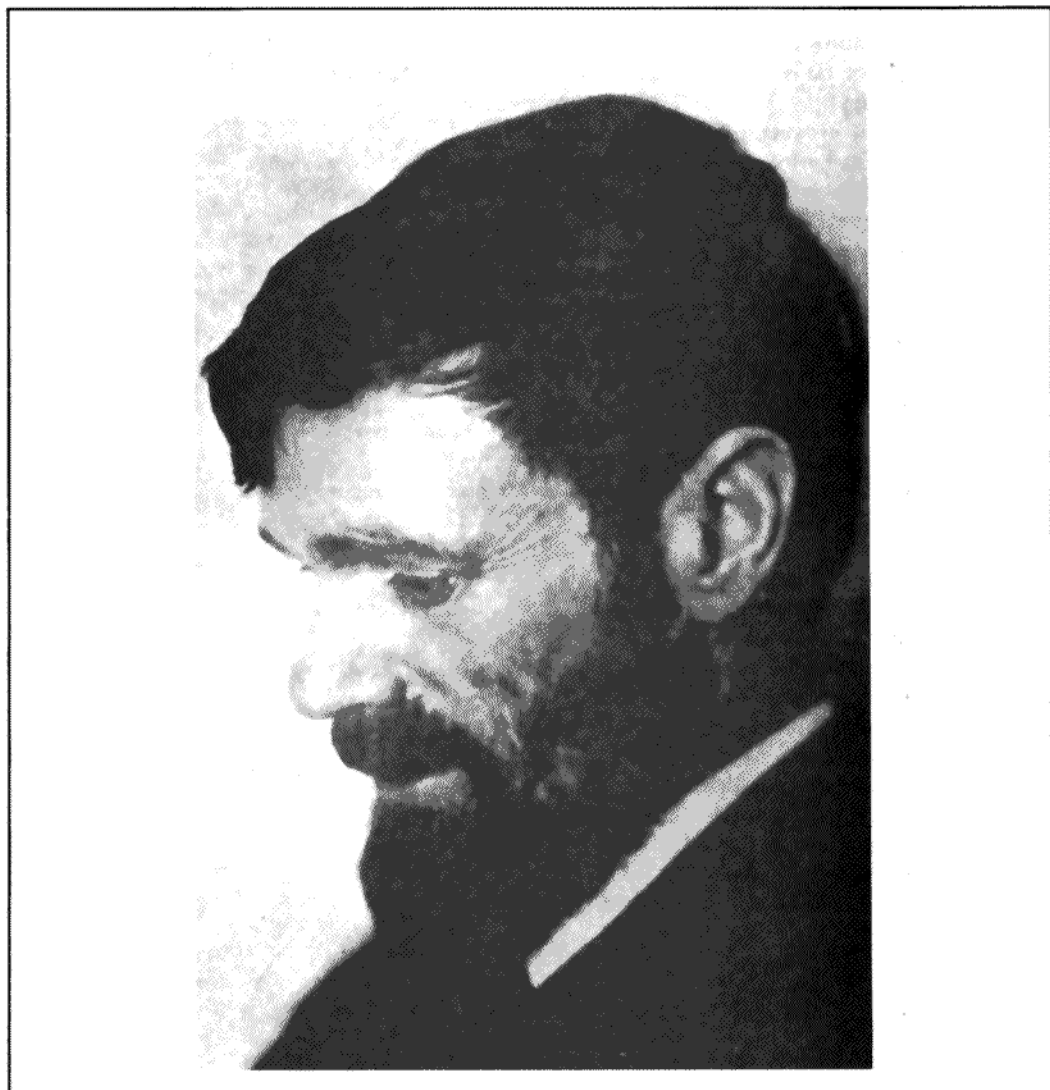


CELEBRACIÓN DE D.H. LAWRENCE

OCTAVIO PAZ • ANDRÉ MALRAUX • GABRIEL MARCEL
ANTHONY STANTON • FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ



LOS AMANTES DE LADY CHATTERLEY

LA NOVELA MÁS SONADA DE LAWRENCE, NO LA MEJOR, FUE *LADY Chatterley's Lover*. Se publicó primero en Florencia, en 1928, en una edición limitada; provocó inmediatamente un gran revuelo que no tardó en convertirse, en los países anglosajones, en escándalo. En 1932 apareció una edición expurgada y sólo hasta 1959 salió a la luz una edición completa y destinada al público en general. Yo leí *El amante de Lady Chatterley* hacia 1934 y me causó una impresión profunda, como las otras novelas, poemas, ensayos y libros de viaje de Lawrence. Leí sus obras con entusiasmo o, más exactamente, con esa pasión ávida y encarnizada que sólo se tiene en la juventud. Entre ellas, claro, me impresionaron las que escribió sobre México. Lawrence vio, oyó, tocó, olió y, en una palabra, sintió la tierra mexicana con sus montañas, sus pedregales, sus lagos, sus polvaredas, sus nubes enormes y sus grandes lluvias. Con poderosa fantasía, ayudado por sus finísimos sentidos —también por el entusiasmo y la cólera, las dos alas de su prosa— adivinó y recreó la dimensión mítica del paisaje mexicano, abrupta geografía que esconde en cada cráter extinto y en cada abismo verde una potencia sobrenatural. Lawrence tenía el don poético por excelencia: transfigurar aquello de que hablaba. Así logró lo que otros novelistas mexicanos y extranjeros no han conseguido: convertir a los árboles y las flores, los montes y los lagos, las serpientes y los pájaros de México, en *presencias*.

Es curioso, por no decir lamentable, que ningún crítico nuestro haya dedicado un estudio serio a la producción mexicana de Lawrence. *La serpiente emplumada* es un libro disparatado y entrañable, *Mañanas de México* vale más que cualquier tratado de psicología y varios de los himnos y poemas que esmaltan —la palabra es justa— su gran y fracasada novela están entre lo mejor de su poesía. Además, sus cuentos y sus cartas. Hay una *nouvelle* en la que aparece la sombra de México: *St. Maur*. Creo que es una de las obras verdaderamente maestras de la literatura inglesa del siglo XX. En sus páginas la naturaleza vuelve a ser la divinidad pánica que veneraron los antiguos y la fuente de regeneración de nuestra degradada especie. Al final del relato la heroína, Lou, de regreso de los combates del árido erotismo moderno (Lawrence fue un gran creador de personajes femeninos), al contemplar los montes y cañadas de Nuevo México, dice unas palabras que son, más que una confesión, una revelación, en el sentido religioso y erótico del término: "Hay algo aquí que me ama y me desea. No puedo decir qué es. Pero es un espíritu... Es más real que los hombres... Es algo salvaje, más grande que la gente, más grande que la religión... Me desea. Y por él mi sexo es profundo y sagrado..."

Cada gran escritor pertenece a uno de los cuatro elementos que, según los antiguos, componen al universo: unos a la tierra, otros al aire, al fuego o al agua. Lawrence es terrestre pero su elemento nativo es el fuego, que es la sangre de la tierra y el gemelo adversario del agua. En los seres animados el principio vital del fuego se transforma en líquido: savia, semen, sangre. El fuego circula por las arterias del hombre convertido en sangre. Con el fénix, el pájaro que renace de la llama, la sangre es uno de los emblemas de Lawrence. Tal vez la obsesiva repetición de la palabra sangre y de sus asociaciones sexuales y religiosas en mi primer libro (*Raíz del hombre*, 1937) sea un eco del fervor con que lo leí esos años. Lawrence me ayudó a reinventar el mito del primer día del mundo: bajo el gran árbol de la sangre, los cuerpos enlazados beben el vino sagrado de la comunión. La tonalidad religiosa de esta visión erótica —la frase puede invertirse: eros y religión son vasos comunicantes— aparece también en un poeta que yo leía en esos años: Novalis. Los amantes, dice el poeta alemán, "sentados a la mesa siempre puesta y nunca vacía del deseo", consumarán la comunión de la carne y de la sangre. Poesía a un tiempo erótica y eucarística, como en uno de los Himnos a la Noche (el VII), leído y releído muchas veces:

¿Quién puede decir que comprende
el misterio de la sangre?
Un día todo será cuerpo,
un solo cuerpo.
Y la pareja feliz ha de bañarse
en la sangre divina...

A despecho de que la inspiración de Lawrence bebe en las mismas fuentes de la poesía de Novalis y del pensamiento místico de Jacobo Böhme, fue acusado de pornografía. La acusación no era enteramente falsa; algunas de sus novelas son, en cierto modo, pornográficas; lo son por y en el exceso mismo de su religiosidad carnal. No en balde, al final de su vida, se ocupó con pasión del libro del Apocalipsis, en el que veía los restos mutilados de una religión solar, más antigua que el judeo-cristianismo. En esas páginas, escritas en 1929, un año antes de su muerte, dice claramente cuál era su propósito: "Lo que queremos es destruir nuestras falsas, inorgánicas relaciones, especialmente con el dinero, y restablecer nuestra relación orgánica y viva con el cosmos, el sol y la tierra, con la raza humana y con la nación y la familia. Comencemos con el sol y el resto, despacio, llegará". Se sentía una parte del sol, como los ojos son una parte del rostro. Nada

más alejado del erotismo de Sade (una filosofía) o de Laclós (una psicología) que el erotismo religioso de Lawrence. Tal vez por esto lo han comprendido mejor los poetas que los intelectuales.

Hace unos días, hojeando una reciente antología de la *Nouvelle Revue Française*, me encontré con algunos comentarios y notas que muestran la resonancia que tuvo el libro de Lawrence en esos años. A pesar de que Francia cuenta con una rica tradición de obras eróticas, *Lady Chatterley's Lover* despertó un gran interés. No es inexplicable: Lawrence mostraba el otro aspecto del erotismo, su antigua cara religiosa y pánica, ignorada casi siempre por los escritores franceses. Para la tradición francesa el sexo es, sobre todo, placer y la gama del placer es casi infinita. En uno de sus extremos colinda con la crueldad, el sufrimiento y la muerte ("el placer único y supremo de amor", dice Baudelaire, "reside en la certeza de hacer el mal"); en el otro, con la risa, la ropa íntima y el "badinage". Los placeres eróticos son vistos en Francia como infracciones, desviaciones o rupturas del orden. Por esto no es extraño que la palabra libertinaje, de origen francés, haya estado asociada primero a la filosofía y a la libertad de las opiniones. A fines del siglo XVII un filósofo libertino era un incrédulo y la casta Madame de Sevigné se llamaba a sí misma "libertina" por algunas de sus inocentes opiniones, poco convencionales.

Para la tradición francesa el erotismo se confunde con la libertad del individuo y sus pasiones; para Lawrence, el impulso sexual es impersonal: nos libera de los prejuicios y las reglas sociales sólo para hacernos regresar al gran todo anónimo del principio. En la visión de Lawrence el sexo no aparece ni como placer ni como opinión libertaria sino como religión. Su práctica, lejos de ser un juego, es un ritual. En las novelas de Sade los falos, las vulvas y los otros órganos sexuales filosofan sin cesar; por esto nos interesan más sus opiniones que sus descripciones. Lawrence no razona ni filosofa: es un inspirado que nos transmite una revelación. En muy pocos escritores el sentimiento del mundo natural —árboles, flores, piedras, lagartos, yeguas, culebras— es tan intenso y profundo como en el novelista inglés. Apenas si debo señalar que esa intensidad y esa hondura son el resultado de una comunión sexual con el cosmos. Sus héroes y sus heroínas no buscan el placer sino la comunión.

Es natural que una obra tan abiertamente sexual y tan religiosamente carnal, despojada casi en absoluto de perversiones y de sadismo (lo contrario de Proust), sorprendiese a varios y notables escritores franceses. Uno de ellos fue el filósofo católico Gabriel Marcel, introductor del existencialismo en Francia. En 1929, casi al otro día de la aparición de *Lady Chatterley's Lover*, publicó en el número de mayo de la *Nouvelle Revue Française*, una nota que todavía puede leerse con provecho. Marcel comienza por confesar que la novela de Lawrence le parece pornográfica pero agrega inmediatamente que es un pornografía nutrida en las fuentes mismas de la vida. Subraya con acierto el sentimiento de pacífica sexualidad ("détente phallique") que se desprende de las mejores páginas de la novela. Un sentimiento, anoto al margen, que no es menos religioso que el "sentimiento oceánico" de Freud. A pesar de su crudeza, dice Marcel, esta novela es un libro ingenuo. Yo habría preferido que hubiese escrito: un libro inocente. Porque lo es, como es inocente el primer día del mundo.

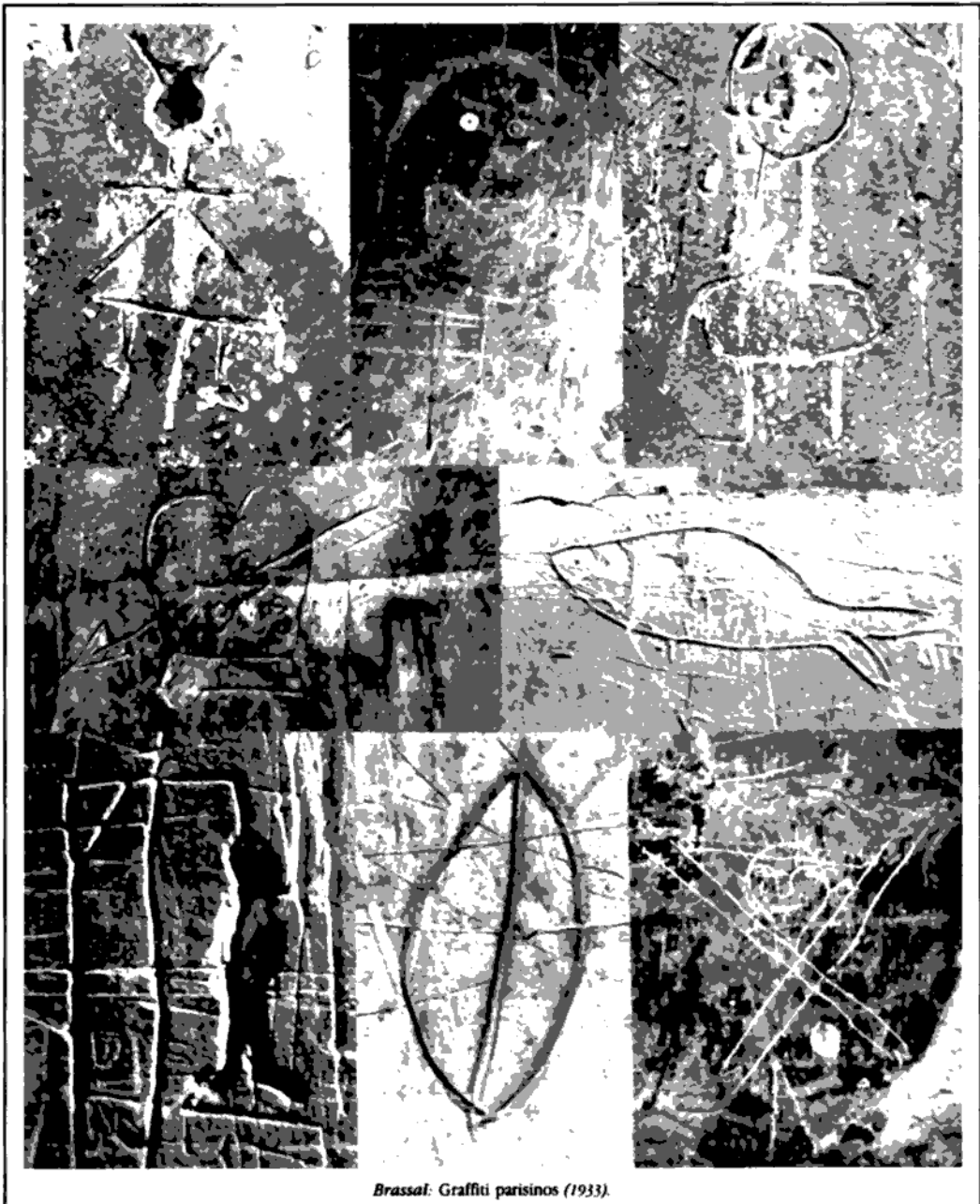
El artículo de Marcel —uno de los primeros que se escribieron en Francia sobre Lawrence— fue una consagración entusiasta, a pesar de las cautelas del filósofo. Tres años después André Malraux publicó, en la misma *Nouvelle Revue Française* (enero de 1932), un breve y deslumbrante ensayo sobre *Lady Chatterley*. Creo que es uno de los mejores que he leído acerca de esa novela y del mismo Lawrence. Nueva prueba de la excelencia de Malraux, hoy ignorado por los apresurados y los necios. Este pequeño ensayo hace pensar que hubiera sido tan notable en la crítica literaria como lo es en la crítica de arte y en la novela. En unas cuantas páginas hace un análisis veloz, brillante y salpicado de observaciones agudas que abren imprevistas perspectivas, todavía en espera de ser exploradas. Por ejemplo: "en el siglo XVIII los hombres de raza blanca descubren que una idea puede ser más excitante que un cuerpo hermoso". Reflexión certera aunque, leída en 1990, requiere un doble ajuste: hoy no sólo las ideas nos excitan mucho menos que en 1930 sino que también han disminuido la potencia magnética de los cuerpos. Las ideas han perdido su atracción y los cuerpos su misterio. La gratificación instantánea no sólo daña al deseo sino que frustra uno de los goces más ciertos del amor sexual: el mutuo descubrimiento que hace la pareja de sus cuerpos. Nuestras sociedades han substituido al deseo por la higiene, a la libertad por la promiscuidad.

Malraux comprendió inmediatamente todo lo que oponía Lawrence al erotismo moderno: el poeta inglés no ve al erotismo como una expresión del individuo sino que concibe al individuo, al hombre y a la mujer, como oficientes de una sexualidad cósmica. Lawrence nos propone, dice, un mito. Pero un mito, añade con cierto escepticismo, "no acude a la razón sino a la complicidad de nuestros deseos y experiencias". Me parece que el juicio de Malraux es demasiado tajante y no toca un punto esencial. Cierto, el aire frío de este final de siglo ha disipado muchos sueños y lo que ha quedado del mito de Lawrence son dos o tres novelas y un puñado de poemas. Pero ¿Lawrence nos propuso, realmente, un mito? No fue ni quiso ser sino un escritor de obras de imaginación, un poeta - novelista. Al mismo tiempo, pensó que la gran literatura era una visión del hombre y que esa visión no era una fantasía ni una ficción sino una revelación del hombre escondido que es cada hombre. Esa visión, transformada en palabra sensible, es decir, en forma: pan del entendimiento, podía ser comprendida y revivida por cada lector. Su idea de la literatura era una idea religiosa; por esto oponía a la noción moderna de comunicación, la de sacramento: la literatura como comunión.

Las raíces de la inspiración literaria de Lawrence son las del mito pero sus obras no son mitos: son novelas, poemas, relatos, ensayos. Son escritos profundamente personales, a la inversa de los mitos, que son invenciones impersonales e involuntarias. Los mitos surgen en una comunidad de manera anónima, imprevista y sin que nadie se lo proponga. Son creaciones orales y no se escriben sino cuando el antropólogo los recoge. Si los mitos se escribiesen, se escribirían solos. Aunque la obra de Lawrence no es un mito la inspira un mito: el de la búsqueda de la inocencia primordial, el regreso al origen y al gran pacto con las bestias, las plantas, los elementos, el sol, la luna, los astros. A pesar de sus flaquezas y repeticiones, de sus excesos verbales y de su

humor arbitrario, Lawrence fue un poeta – sacerdote de la religión más antigua del mundo. Fue consagrado sacerdote de esa religión no por su cónclave de esta o aquella iglesia sino por mandato del sol. Su religión fue la del comienzo, un

comienzo que no es cronológico ni es el de los antropólogos que estudian a las sociedades primitivas: es el diario comienzo, ese primer día que, cada día, inventan los amantes. Un comienzo sin fechas.



Brassai: Graffiti parisinos (1933).